

clásicos como Marc Bloch o Lucien Febvre—, muy en boga en las décadas de 1960, 1970 y 1980, que ha mostrado claramente sus límites y ha contribuido al desprestigio del oficio de historiador. Comoquiera que sea, con semejante manual, el perfecto idiota europeo y latinoamericano está otra vez de enhorabuena. Conveniente resulta no olvidar, en cualquier caso, que estos sueños nihilistas y revolucionarios de papel, como se mostró una vez tras otra a lo largo del siglo xx, terminan siempre a la hora de la verdad en sangrientas pesadillas. —



CARTAS

Una educación



Francis Scott Fitzgerald
CARTAS A MI HIJA
Traducción de Albert Fuentes, Barcelona, Alpha Decay, 209 pp.

ALOMA RODRÍGUEZ

Francis Scott Fitzgerald (Minnesota, 1896-California, 1940) es una de las figuras más fascinantes de la literatura norteamericana: el éxito temprano, el matrimonio con Zelda y su posterior enfermedad e internamiento en un psiquiátrico, las temporadas en Europa, el alcoholismo de Fitzgerald, la aventura hollywoodiense y la decadencia han hecho que a veces los aspectos más morbosos de su vida llamasen más la atención que su literatura.

Cartas a mi hija (Alpha Decay, 2013) es una recopilación de las cartas que Fitzgerald escribió a su hija Scottie (1921-1986) desde 1933 hasta 1940: cubre los últimos años de instituto y los primeros de universidad de Scottie y los últimos años de declive y enfermedad del escritor. Es una educación

contenida en un puñado de cartas. La edición española toma como punto de partida la que preparó Andrew Turnbull en 1965, ampliada por *A Life in Letters* (1994) y la edición italiana *Lettere a Scottie* (2003). Las cartas vienen acompañadas de un prólogo de Scottie Fitzgerald, que empieza con una confesión: “En mi próxima reencarnación es posible que no me apetezca volver a ser la hija de un Escritor Famoso. El trabajo incluye un buen sueldo, pero las condiciones laborales resultan demasiado peligrosas. La gente que vive por entero de la fertilidad de su imaginación es fascinante y a menudo encantadora, pero es preferible tenerlos por compañeros de mesa en una fiesta a tener que convivir con ellos.” Puede que, como recuerda la propia Scottie en el prólogo, Malcolm Cowley tuviera razón y “Fitzgerald no escribía esas cartas a su hija en Vassar, sino a sí mismo en Princeton.” El prólogo se cierra así: “Escuchen ahora atentamente a mi padre. Porque da buenos consejos y estoy segura de que, si no hubiera sido mi padre, a quien amé tanto como ‘odí’, ahora sería la mujer más cultivada, atractiva, exitosa e inmaculada sobre la faz de la Tierra.”

Fitzgerald escribe a Scottie desde Maryland, Carolina o Hollywood, le aconseja y, sobre todo, trata de evitar que su hija cometa algunos de los errores que él cometió, le anima a escribir, a leer, le traza un plan de lectura, le habla de Zelda, internada desde 1932, y de sus proyectos en cine; le habla de sus problemas económicos y trata de buscarle viajes no muy caros a Europa. Es un padre hablando a su hija, con la particularidad de que ese padre es uno de los narradores más importantes del siglo xx y en las cartas despliega sus virtudes como escritor, además de un sentido del humor inteligente y fino, y se desprende una visión del mundo propia particular, aguda y brillante. En la primera carta, Fitzgerald escribe: “Me alegra que estés feliz, aunque nunca he creído demasiado en la felicidad. Tampoco en la tristeza. Son cosas que ves sobre un escenario o en

la pantalla o en las páginas impresas; nunca te ocurren realmente en la vida. En la vida, solo creo en las recompensas por la virtud (según el talento que uno tenga) y en los castigos por no cumplir con tus obligaciones.”

En estas misivas hay sitio para todo: es la conversación entre un padre y una hija —aunque las respuestas de ella no aparecen— a lo largo de los años clave de formación de ella. Fitzgerald se preocupa por su hija, la anima a trabajar y esforzarse, quiere que sea agradable, que tenga una buena formación: que esté preparada y formada para el mundo tal y como sospecha que será después de la Segunda Guerra Mundial, y que no comparta su gusto por el alcohol: “más allá de la ‘inteligencia’ que se te supone vagamente haber ‘heredado’, la gente no tardará en adornarte con mis pecados. Si me entero de que te has tomado una copa antes de cumplir los veinte, me sentiré en el derecho de embarcarme en una última y extraordinaria borrachera interminable.” La anima a viajar por Europa: “Viajar siempre es divertido [...]. No voy a decirte que te servirá para mejorar el francés, porque supongo que te sonará a trabajo, pero sí te voy a decir que si la cosa sale bien serás una chica muy afortunada, porque lo más probable es que estos años sean la última oportunidad de conocer Europa tal y como era.”

El libro puede leerse también como un curso acelerado de literatura: Fitzgerald le aconseja libros a Scottie, comentan novelas, le ofrece un recorrido lector, donde la parte más importante la ocupa la poesía inglesa. Shakespeare, Keats, el Eclesiastés, Hemingway, Wilde, Henry James, Dostoievski, Balzac, Renan, Tom Wolfe o Dorothy Parker son solo algunos de los nombres que aparecen. Y contiene también una estética: “cuando la gente habla del estilo, siempre le sorprende un poco su novedad, porque piensan que solo están hablando de *estilo* cuando en realidad de lo que están hablando es del intento de expresar una idea nueva

con tanta fuerza que conservará la originalidad del pensamiento”, escribe. Y más adelante: “Escribir es como *nadar bajo el agua* y aguantar la respiración.” Scottie tenía ambiciones literarias y Fitzgerald ve en ella una interlocutora con la que discutir.

El libro tiene, además, mucho sentido del humor: “Recuerda lo que te conté sobre la equitación, que no puedes ser tan osada como cuando nadas, porque hay otro factor implicado aparte de ti, *el caballo*.” Es especialmente ingenioso en las despedidas y posdatas: “¿Me harás el favor de leerte esta carta una segunda vez? Yo la reescribí dos veces.” Estas cartas permiten entrar en la intimidad de una relación padre e hija y descubrir los altibajos por los que pasa: las amenazas, algún altercado alcohólico, la desobediencia de la hija, los planes para pasar vacaciones juntos y las discusiones sobre las asignaturas o la literatura. También es un padre protegiendo a su hija y no siendo del todo sincero en cuanto a su situación económica y de salud. Scott Fitzgerald no perdió su brillantez ni con la enfermedad ni con el alcoholismo ni con la desdicha financiera; es un auténtico privilegio acceder a sus pensamientos sinceros sobre el mundo, la fama, la literatura, el amor, los errores y la vida. —



síguenos @letras_libres



búscanos

CLÁSICOS

La tragedia del hombre



Carlos García Gual
ENIGMÁTICO
EDIPO. MITO Y
TRAGEDIA
Madrid, FCE,
275 pp.

de ANDREU JAUME

La relación con los textos clásicos está en España muy coartada por la filología, que ha sido, tradicionalmente, el único instrumento tolerado para renovar su lectura. Quizá ese genuino miedo a interpretar surja del catolicismo, del imperativo de silencio —pensemos en la historia de la traducción en nuestro país— que su doctrina nos ha impuesto, condenándonos a mantener una castidad hermenéutica dentro de los estrictos márgenes de la crítica textual. Sea como fuere, lo cierto es que el helenista Carlos García Gual es uno de los pocos que ha sabido zafarse de esa escuela, en la que por otra parte se formó y que le ha permitido sustentar su obra ensayística con el necesario rigor filológico.

La amplitud de su campo de investigación, que va de Homero y los líricos arcaicos a la tragedia, la mitología, la literatura helenística y la Edad Media, le ha convertido en un verdadero comparatista, siempre incómodo con los límites de la especialización y capaz de moverse con soltura por el corredor de la tradición occidental —desde Grecia hasta el siglo xx—, entendida como un organismo todavía vivo, en constante transformación, y no como una simple pieza de museo, venerada pero inofensiva.

Enigmático Edipo constituye una síntesis de la metodología, el gusto

y la ensayística de García Gual, que sabe articular sus dotes como traductor y filólogo con sus conocimientos de mitología y literatura, de tal manera que la erudición restalla y estimula la reflexión. Pues eso es, sobre todo, este libro, una larga meditación, incubada durante toda una vida, acerca del mito de Edipo en general y sobre la tragedia de Sófocles en particular, hermano de aquel otro, *Prometeo: mito y literatura*, que publicó en 1979 y que recientemente ha sido reeditado por el Fondo.

Al principio —y es un gesto muy de agradecer—, el autor ofrece su propia traducción de *Edipo rey*, una versión ágil y armoniosa, que respecta —otra rareza entre nuestros clasicistas— el movimiento de los versos, un requisito fundamental para apreciar el eco, aunque sea muy remoto, no solo de la música original sino sobre todo de la irreductible forma de pensamiento que la versificación determina. A partir de ahí, García Gual rastrea las fuentes míticas de la tragedia, es decir, la labor de selección y apropiación que Sófocles hizo con una historia que desde hacía mucho tiempo era de dominio público y que terminó por convertir en una radical indagación de la naturaleza humana.

Después de enmarcar la obra de Sófocles en la atmósfera dramática de su hora —algo esencial para entender la dimensión social, política y religiosa del teatro en el siglo v— y de incardinar la tragedia en la saga tebana, García Gual perfila un análisis estilístico, estructural e interpretativo de *Edipo rey*, muy bien acotado por la bibliografía que le precede y que de algún modo vertebra su propio comentario. Como él mismo admite en el epílogo, se trata de un ensayo polifónico, una investigación compartida y conversada con algunos de los mejores helenistas del siglo xx, tales como Karl Reinhardt —autor de un imprescindible libro sobre Sófocles—, Bernard Knox, Hugh Lloyd-Jones o Walter Burkert.